

MEDIO AMBIENTE Y SOCIEDAD EN EL TERCER MILENIO

ALGUNAS REFLEXIONES EN GERUNDIO

J. Andrés Domínguez

INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo pretendemos sistematizar mínimamente una serie de reflexiones e ideas que hacen referencia genérica a la velocidad del cambio social de las últimas décadas, a la dificultad añadida de prospectiva sociológica, a sus implicaciones y, más en concreto, y como cambio quizá más importante, a la medida en que las variables clásicas, tiempo y espacio, que articulan la vida, puedan estar modificándose, en sí o en su interpretación, aunque en sus efectos ambas cuestiones puedan reflejarse en la esencia de dichas variables para la sociedad y su funcionamiento.

Este cambio en concreto, y en principio, lo trataremos de la mano de Anthony Giddens, pero a continuación lo relacionaremos con lo que podría ser un efecto de la reinterpretación del espacio: la aparición del medio ambiente como valor, con la ayuda de los planteamientos que Ronald Inglehart nos muestra en algunas obras suyas, siendo conscientes de que este fenómeno se halla en relación retroalimentada con la reinterpretación del espacio¹.

Temas como el cuestionamiento de las posiciones sociales en cuanto a tiempo y espacio se refiere, suele provocar el decantamiento de los autores, sobre todo porque se abre el interrogante del futuro, que es, por excelencia, el que más se presta al discurso emotivo, más aún en cuestiones ambientales. Por aquí continuaremos...

¹ Ver <http://www.unex.es/sociolog/baigorri/index.htm>.

...Hasta llegar a uno de los paradigmas más claros del cuestionamiento de la unidad contemporánea del tiempo y el espacio, a la vez que un enigma importante para el análisis socioambiental del día de hoy: el hombre no solo modifica espacios, sino que los crea. La red telemática mundial centrará nuestra atención en las últimas páginas.

Una vez relacionadas las intenciones, quedamos obligados a citar lo que no deseamos hacer, por no poder. Siendo conscientes de la dificultad del análisis sociológico serio, no podemos sino subrayar, además, el problema que supone la predicción en sociología. Las posibilidades que en estas páginas planteamos respecto a evoluciones futuras de fenómenos socioambientales, han de entenderse como aventuras, que no por tales se sobreentiendan aserciones aleatorias. A esto hace referencia el término temporal “gerundio” en el título; es el tiempo del “presente continuo” anglosajón, el que indica la actualidad y, simultáneamente, la tendencia al movimiento en dirección al futuro próximo. Con este voto de humildad esperamos, al menos, suscitar el debate interno (también externo) en el lector (o lectores, externamente).

LA MODERNIDAD Y LA ESCISIÓN DEL VÍNCULO TIEMPO-ESPACIO

Anthony Giddens comprende, a nuestro juicio, los sucesos sociales recientes a través de un concepto clave en su teorización sociológica de lo contemporáneo: el concepto de **radicalización de la modernidad**. Éste delimita un terreno de juego sociohistórico sobre el que poder moverse en este trabajo, y que sirve perfectamente para lo que pretendemos de él.

Para Anthony Giddens, la modernidad son “los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante, y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales” (GIDDENS, 1990: 15). Se declara separado de los análisis tradicionales de las consecuencias de tal cambio, que se basan en el desconocimiento, la desorientación y la teorización sobre dicho desconcierto, pues éstos suelen concluir con la imposibilidad de sistematización del conocimiento de las consecuencias de aquél cambio (es decir, lo comunmente denominado por otros autores la “postmodernidad”). Así, él defiende que es posible comprender lo sucedido en los últimos trescientos años, y también en los últimos

cincuenta, desde el punto de vista de la radicalización de la modernidad, y no de la *aparición de sucesos posteriores a o inconexos de*, como parece sugerir el término “postmoderno”.

Dicha pérdida de referentes conceptuales y explicativos tiene mucho que ver, según Giddens, con el tradicional concepto evolucionista de la historia social, que aunque claramente roto por alguno de los puntos del imaginario hilo de sucesos, no se manifiesta en su más clara improcedencia hasta la aparición del cambio que tratamos, que debido a su ritmo (muy elevado), su ámbito (mundial) y a la aparición de fenómenos institucionales desconocidos hasta ahora, desemboca en un nuevo orden social global, una nueva forma de funcionamiento a todos los niveles.

De este contexto de ruptura histórica surgirán varias cuestiones, *consecuencias*, que en nuestra opinión tendrán alta repercusión en el estado de cosas general actual (si podemos llamarlo “estado”, dada la rapidez del cambio social) y futuro (al menos el inmediato). Comentaremos aquí la cuestión de la **modernidad radicalizada** (vs postmodernidad), y el **distanciamiento**, que caracteriza a esta época, entre las dos dimensiones que han pautado la vida desde siempre, **el tiempo y el espacio**, como una de las variables características de la contemporaneidad y que pueden marcar el futuro de la relación entre la humanidad y esas dos dimensiones, por separado, éstas, desde ahora.

Modernidad radicalizada, o definición de sociedad contemporánea

Quizá la mayor originalidad del análisis de Giddens sea el hecho de esquivar el “camino fácil” de la calificación estándar “post” de los fenómenos sociales acaecidos en las últimas tres o cuatro décadas, dependiendo de la zona geopolítica, y su voto, como hemos comentado, por la sistematización del discurso sobre un cambio caótico sólo en apariencia, derivado de la agudización de procesos ya iniciados tiempo atrás, y comprensibles en sus nuevas circunstancias. Resume esta cuestión en un cuadro, que transcribimos:

Comparación de las concepciones de la “Postmodernidad” (PM) y la “Modernidad Radicalizada” (MR)

PM

MR

Entiende las actuales transiciones en términos epistemológicos o como la disolución de la epistemología.	Identifica los desarrollos institucionales que producen la sensación de fragmentación y dispersión.
Se centra en las tendencias centrífugas de las transformaciones actuales y su carácter dislocante.	Ve la culminación de la modernidad como un conjunto de circunstancias en las que la dispersión va dialécticamente conectada con las profundas tendencias hacia la integración global.
Percibe al “yo” disuelto o desmembrado por la fragmentación de la experiencia.	Ve al “yo” como algo más que el punto de fuerzas interseccionales. La modernidad hace posibles activos procesos de reflexión y autoidentidad.
Discute la contextualización de las pretensiones a la verdad, o las ve como históricas	Afirma que los rasgos universales de pretensiones a la verdad nos han sido impuestos en forma irresistible dada la supremacía de problemas de índole global. La reflexividad de la modernidad no imposibilita el conocimiento sistematizado sobre esos desarrollos.
Teoriza la impotencia que sienten los individuos frente a las tendencias globalizadoras.	Analiza la dialéctica de pérdidas y adquisición de poder en términos tanto de experiencia como de acción.
Ve el “vaciamiento” de la vida cotidiana como resultado de la intrusión de los sistemas abstractos.	Ve la vida cotidiana como un complejo activo de reacciones a los sistemas abstractos, que implican tanto la reapropiación como la pérdida.
Considera que el compromiso político coordinado queda imposibilitado por la supremacía de la contextualidad y la dispersión.	Considera el compromiso político coordinado tanto posible como necesario; en el ámbito local como en el global.
Define la posmodernidad como el final de la epistemología, del individuo y de la ética.	Define la postmodernidad como posibles transformaciones que van “más allá” de las instituciones de la modernidad.

(GIDDENS, 1990: 141)

Lo que nos interesa de esta tabla es que, como se puede observar, mientras las nociones derivadas del presupuesto postmoderno enfatizan el desorden, el sinsentido y la perplejidad, la posición de radicalización de la modernidad centra su atención en lo subyacente a las consecuencias de dicha radicalización. Esta última posición, epistemológicamente más optimista, nos parece más propia de la actitud científica, y es en la que situamos nuestro análisis de lo actual y lo futuro de la relación sociedad – tiempo - espacio. De hecho, Giddens lo que hace aquí es una definición de la sociedad contemporánea, una sociedad *radicalmente moderna*, en su terminología, que nos va a ser muy útil como marco y como hilo conductor, situacional, de estas páginas.

Partimos, por tanto, en una sociedad en la que el cambio ha llegado para quedarse, y en la que el primer paso que hemos de dar para su estudio es la toma de conciencia de esta cuestión. La desestabilización que implica todo cambio aparece tornada en norma, sobre la que se puede construir conocimiento. El sujeto recobra capacidad de acción en este planteamiento, e incluso de autoconstrucción (reflexión y autoidentidad), en un contexto general externo de mundialización, que le viene impuesto pero que a la vez contribuye, en procesos retroalimentados, a su

factualización. La imbricación de vida cotidiana y fenómenos sociales de carácter ideológico y macro, abrazan estas cuestiones. Esta es la situación a la espera de la postmodernidad que, en clave de Giddens, todavía no es analizable porque la desconocemos (no ha llegado aún).

La sociedad, el tiempo y el espacio

Uno de los indicadores de que la modernidad está en proceso de radicalización es el fenómeno que Giddens denomina la **desvinculación entre el tiempo y el espacio**. La ligazón para el entendimiento humano de estas dimensiones limitaba la vida social a un momento-lugar determinado, a una sola y rígida dimensión de relación. El descubrimiento del tiempo y el espacio como dos dimensiones distintas y autónomas, la una medible y distinguible a través del reloj, la otra diferenciable a partir de la consciencia de la variedad de espacios (papel importante de la cartografía), hace que se dé el paso para la combinación de ambas entre sí, dejando atrás la consideración antigua del espacio ligado al tiempo (ligazón marcada por los ritmos de la naturaleza). Giddens pone un ejemplo muy clarificador al respecto:

“La separación del tiempo y del espacio proporciona una base para su recombinación en lo que respecta a la actividad social. Ésto queda fácilmente demostrado por el ejemplo del horario. Un horario, tal como el listado de llegadas y salidas del tren, puede parecer a primera vista, un mero listado temporal, pero en realidad es una estratagema puesta en marcha para la ordenación del tiempo y el espacio, al indicar tanto dónde como cuándo llega el tren², y como tal, permite la compleja coordinación de los trenes, sus pasajeros y su carga, a través de largos trayectos de tiempo-espacio” (1990: 30-31).

Esta posibilidad de “vaciamiento” de la dimensión (es decir, pensar en el tiempo y el espacio en sí mismos y por separado como conceptos) implica a su vez la posibilidad de institucionalizar relaciones sociales en tiempos y espacios diferentes, la

² El subrayado es nuestro.

organización racional de ambas dimensiones y su “toma de consciencia” temporal y espacial en una historia de marco mundial.

Este cambio tan crucial origina un nuevo posicionamiento de la sociedad en su contexto, espacial y temporal, y unas posibilidades de combinación, manejo y disposición de tiempos y espacios que producen un desarrollo exponencial de las relaciones sociales, cuyas bases dimensionales son ya móviles, es decir, susceptibles de estar ancladas a diversas posiciones espacio-temporales. Giddens dirá que aquí se encuentra el origen del fenómeno que él denomina “desanclaje”.

El desanclaje es perceptible en multitud de fenómenos actuales, que comprenden desde la densificación de las relaciones de mercado entre las empresas³, cuya ubicación espacial tiene cada vez menos importancia, hasta el cambio en la percepción de la procedencia de las personas particulares⁴. Así, el medio ambiente es reentendido, redefinido y actualizado, llevando su relativización hasta un grado sumo, al tiempo que, por el otro lado, lo homogeneiza al hacernos a todos partícipes de un solo ambiente común, global y holísticamente comprendido. Con los últimos tiempos, podría decirse que el hombre domina *espacio* y *tiempo*, pues los organiza y utiliza en función de las tareas o relaciones sociales que desarrolle, aunque a menudo la percepción cotidiana sea la contraria.

Si estos fenómenos tienen o no solución de continuidad en el futuro próximo es más tarea de adivinos o de probabilidad matemática, que puede ser lo mismo. A pesar de ello, en nuestra opinión hasta el desanclaje podría llegar a hacerse crónico, y originar un nuevo anclaje en lo dinámico. Quizá sea ésta la línea de suceso más probable y con la que tengamos que convivir en los años venideros.

Las reflexiones de Giddens, además de enmarcar teóricamente el presente capítulo, nos sirven de punto de partida cuando abordamos el fenómeno de la aparición

³ Por ejemplo, compañía de origen alemán con sede comercial en Turquía, de nacionalidad jamaicana y con personal de innumerables procedencias geopolíticas, trabajan al mismo tiempo, o en “tiempos distintos” si consideramos el cambio horario por la rotación terrestre.

⁴ El origen de una persona pierde importancia, frente a otras características marcadas por la cultura global: por ejemplo, sus actitudes ambientales, su opinión sobre la pena de muerte o sus gustos musicales.

de la red informática mundial, en la que centramos la atención sobre un fenómeno absolutamente paradigmático y que viene al hilo de sus planteamientos.

DEL POSTMATERIALISMO AL NEOMATERIALISMO

Una de las consecuencias más visibles de la reinterpretación del espacio podemos observarla en la dinámica del valor “medio ambiente”. Como valor postmaterialista, debemos seguir aquí a Ronald Inglehart, dada su labor investigadora al respecto.

En una obra que sin duda se convertirá en un clásico, si es que aún no pudiera considerarse como tal, Inglehart (1991) desarrolla un detallado estudio que, continuando en la línea de trabajos previos, trata con detenimiento el cambio de los valores en las sociedades de nuestro círculo occidental, creando un marco que utilizaremos para explicar los aspectos posmaterialistas del medio ambiente y comentar su importancia en estas sociedades.

Plantea Inglehart para analizar dicho cambio de valores dos hipótesis de trabajo sobre las que girará su exposición posterior: “1. Hipótesis de la escasez: las prioridades de un individuo reflejan su medio ambiente socioeconómico. Se otorga el mayor valor subjetivo a las cosas relativamente escasas. 2. Hipótesis de la socialización: la relación entre el medio ambiente socioeconómico y las prioridades valorativas no es de ajuste inmediato. Existe un desajuste temporal sustancial, dado que los valores básicos propios reflejan en gran medida las condiciones prevalecientes durante los años previos a la madurez” (1991: 61).

Sobre la primera hipótesis, anota la suposición previa de la existencia de una escala de necesidades cuasi-universal, en la línea de que “las necesidades fisiológicas no cubiertas tengan prioridad sobre necesidades sociales, intelectuales o estéticas” (1991: 61), aunque “una ordenación jerárquica de las necesidades está menos clara cuando nos alejamos de aquéllas directamente relacionadas con la supervivencia” (1991: 62). El “mantenimiento físico y la seguridad” en el primer plano, y la “estima, la autoexpresión

y la satisfacción estética” en el segundo, son los ejemplos de uno y otro tipo de necesidades.

Teniendo en cuenta que en nuestra sociedad, a diferencia de las distintas sociedades que se han ido sucediendo a lo largo de la historia, la mayoría de la población tiene cubierta las necesidades de tipo primario, podríamos pensar que este hecho puede haber “llevado a un giro gradual según el cual las necesidades de estima, pertenencia al grupo y satisfacción intelectual y estética se han vuelto más importantes” (1991: 62). Así, la reflexión consecuente puede hacernos pensar en que la norma al respecto se establezca en los siguientes términos: si se prolonga una situación general de satisfacción de las necesidades fisiológicas en períodos de bienestar económico, los valores de corte postmaterialista, que se corresponden en su formulación con las nuevas necesidades citadas en el párrafo anterior, serán la referencia generalizada de la sociedad. Naturalmente, y en la parte simétrica del planteamiento, los ciclos de escasez económica en los que la mayoría de la sociedad sufra algún tipo de carencia básica, ésta evitará la promoción social de dichos valores, incrementando la importancia concedida a la base material de la vida.

“Pero no es tan simple. No existe una relación de uno a uno entre el nivel económico y la prevalencia de valores posmaterialistas, porque estos valores reflejan el sentido subjetivo de seguridad y no el nivel económico que tiene *per se*. Mientras que no cabe duda de que los individuos y las naciones ricas tienden a sentirse más seguros que los pobres, estos sentimientos también se ven influidos por el medio cultural y las instituciones de bienestar social en las que uno se educó. Por tanto, la hipótesis de la escasez por sí sola no genera pronósticos adecuados sobre el proceso de cambio en los valores” (1991: 62). Aquí es donde entra en juego la segunda hipótesis que aporta explicación a este cambio.

Con la hipótesis de la socialización controlamos esa cuestión que, en principio, y con la sola referencia a la de la escasez, se nos escapaba. El proceso de socialización humana, como es bien sabido, es inacabado por definición, hasta el momento mismo de la muerte; no obstante, también se conoce el hecho de que la base de la personalidad se forma durante la infancia y la juventud, siendo los cambios posteriores, en la mayoría de los casos, y salvo traumas agudos o situaciones específicas, de carácter leve.

Tenemos entonces, según Inglehart, que de la complementariedad de ambas hipótesis puede resultar una explicación de los cambios de valores en las sociedades occidentales que puede ser aceptable. “En primer lugar, mientras que la hipótesis de la escasez implica que la prosperidad lleva a la difusión de valores posmaterialistas, la hipótesis de socialización implica que ni los valores de un individuo ni los de una sociedad en conjunto es probable que varíen de la noche a la mañana. Por el contrario, los cambios en los valores fundamentales tienen lugar gradualmente, de modo casi invisible. Se producen en gran medida cuando una generación más joven reemplaza a una más vieja en la población adulta de una sociedad” (1991: 63)⁵.

Para el caso español, Díez Nicolás (1994) da alguna pista importante, cuando dice, por ejemplo, que “el desarrollo económico alcanzado por España, así como el largo período transcurrido sin participar en una guerra [como indicador de seguridad física], constituían las condiciones que, de acuerdo con la teoría expuesta, deberían provocar un cambio de valores hacia una orientación crecientemente postmaterialista. Los datos correspondientes a la Encuesta Europea de Valores de 1981 y 1990 (Andrés Orizo, 1983, 1991) demuestran que, en efecto, el nivel de postmaterialismo en España es similar al de otras sociedades occidentales, y se corresponde con su nivel de desarrollo, habiéndose producido un incremento del postmaterialismo entre 1981 y 1990” (1994: 128). Nótese que esta afirmación es coherente también con la hipótesis de la socialización, ya que las generaciones nacidas en los 60 son las que hoy se incorporan a la vida adulta, y desde esos años que comienza a aumentar la presencia de valores posmaterialistas en nuestra cultura. También añade Díez Nicolás que los altibajos coyunturales en la economía, como los sucedidos en los 70 y finales de los 80, no logran

⁵ Todo esto no ha de ser entendido, como bien señala el profesor Aledo en correspondencia personal, que la población más desfavorecida en términos económicos no pueda compartir valores de corte postmaterialista y, en concreto, la aparición de una potente conciencia ambiental y deseo de protección de entorno físico, pues se comprueba la presencia de dichos valores en sociedades cuyo nivel de necesidades cubiertas no se encuentra muy por encima de la mera subsistencia. Ello se debe principalmente a dos cuestiones:

1. Por un lado, "la toma de conciencia de que su supervivencia física y cultural está íntimamente ligada a la defensa de sus entornos locales. En la activación de esta toma de conciencia los activistas ambientales del Norte han jugado un papel importante en el Sur, pero también los «sureños» han llegado a su propia reflexión; tenemos un ejemplo en la historia vital de Chico Méndez".
2. Por otro lado, "la influencia de sus propias culturas, no occidentales, que había tradicionalmente mantenido una relación diferente con el medio ambiente", una relación sostenible (y sostenida) a lo largo de milenios sin apenas variación cualitativa ni cuantitativa. Dicha relación, la socialización en ella, colabora a que las nuevas generaciones incorporen más fácilmente los valores ambientalistas.

desestabilizar una tendencia al alza en este tipo de valores, aunque en el gráfico donde se ilustre la evolución del indicador postmaterialista se puedan adivinar tales crisis.

De este modo, la actual llegada de unas generaciones tan posmaterialistas como no se conocían en la historia de la sociedad occidental contemporánea, queda cubierta en su explicación por la hipótesis de la dualidad materialismo – posmaterialismo de los valores que mantiene Inglehart. Son generaciones criadas en la bonanza económica y en un bienestar medio – alto, crónicamente insatisfechas al situar su escala de necesidades en un nivel mucho más elevado que el de sus padres o, aún más, el de sus abuelos. Cuestiones como el voluntariado, la búsqueda de la propia identidad, la revalorización de las relaciones de tipo primario o, fundamental para este trabajo, la preocupación medioambiental, encuentran justificación a través de la teoría de Ronald Inglehart.

Fundamental porque es en esa línea donde mantenemos que el medio ambiente, como lo definimos, juega un papel clave. Su valoración en los términos actuales responde, en nuestro contexto sociocultural contemporáneo, a la satisfacción de unas necesidades que no podemos tratar como básicas, conforme lo venimos haciendo, sino que más bien cubre necesidades de autorrealización y formación de la propia identidad. Esta cuestión se ha visto favorecida por una crisis ambiental que se ha manifestado en toda su virulencia desde principios de los 70, así como por un incremento de la conciencia global, con la ayuda de la revolución continuada en lo tecnológico, que se refleja en planteamientos como las referencias al concepto de “aldea global” y su popularización, las denuncias ecologistas de nivel planetario e interplanetario⁶, etc.

El medio ambiente es, cada vez más, un valor; nace en un contexto postmaterialista, lo que explicaría que en el mundo subdesarrollado no se admita aún como tal o las encuestas (con sus problemas de fiabilidad) no lo acerquen siquiera a los términos de importancia social en que se da en el mundo occidental. Cumple, parece ser, la hipótesis que Inglehart denomina “de la escasez”, pero también la de la socialización. Y en esta línea va nuestra reflexión y nuestra pseudo-predicción, con todo lo que de aventura y posibilidad de error conlleva.

⁶ En concreto la denuncia del exceso de basura sideral o espacial, chatarra procedente de las actividades espaciales, satélites en desuso, vertidos flotantes en órbita, etc.

Esa hipótesis se vería confirmada en el caso del valor ambiental como clave social, pues observamos cómo es cada vez más aceptado y reconocido socialmente el respeto al medio ambiente, sobre todo en las generaciones más jóvenes (CIS, 1998; 1999) (DÍEZ NICOLAS, 1994). Según dicha hipótesis, para la asimilación del valor ambiental por parte de la mayoría de la sociedad habrá que esperar aún a que las generaciones que hoy están adquiriendo y madurando dicho valor como algo socialmente dado o adscrito (no adquirido, como sucede en las generaciones nacidas durante los 60 y 70), que son las cohortes nacidas a finales de los 80 y durante los 90, alcancen lo que Inglehart denomina una *situación social activa* o de desarrollo pleno de su vida social, económica y política. La fijación del valor ambiental, su maduración, a través de la coherencia del deber ser enseñado, de manera formal o informal, de modo voluntario o involuntario, por parte de algún agente socializador, con los hechos observados y positivamente recompensados tanto por los agentes primarios como por el resto, puede hacernos esperar que desemboque en la formación de unas actitudes orientadas a la consideración del entorno en los términos del nuevo paradigma ecológico, y en una magnitud no conocida hasta ahora. Hay que notar, al hilo de la cuestión, que el valor ambiental es uno de los que más rápidamente ha ganado importancia, y socialmente se le ha reconocido, en la conciencia social de la comunidad en la historia de la sociedad. El único fenómeno comparable es la aparición del consumo como distinción, o consumo diferencial, de las últimas dos décadas (años arriba o abajo dependiendo de la zona geopolítica que tratemos), aunque, a diferencia del valor ambiental, el consumo cuenta con una acepción peyorativa que, en el ámbito popular, ha tenido amplia difusión. Consumo y medio ambiente han venido también enfrentados a veces en la diserción académica, dados los efectos que el consumo conspicuo acarrea sobre el entorno. Esta batalla habrá de perderla este tipo de consumo, inclinando el fiel hacia aquéllos consumos más selectos, con más tintes identificatorios (ENTRENA, 1997) (BOURDIEU, 1988) (BAUDRILLARD, 1981), y que a menudo ostentan por divisa el aspecto ecológico del producto o la actividad desarrollada.

Se da, por tanto, como decimos, un incremento acelerado del efecto social del valor medioambiental, que se refleja en una consideración positiva del entorno natural, su entendimiento como algo a disfrutar y proteger, algo insustituible y escaso. Ante la escasez actual, potencialmente más grave en el futuro, hay que responder con un ahorro, con una modificación de nuestras conductas orientadas al descenso de la utilización de

materiales, a la reutilización y al reciclaje, con un menor consumo energético, con un aumento de la eficiencia en este campo... Las referencias materiales de esta postura están claras.

En lo albores de la implementación de los planteamientos del NEP, aparece una especie de “neomaterialismo”, o materialismo de nuevo cuño que, superando el valor que en sí tienen las cosas (materialismo antiguo), y también el que se le atribuye (postmaterialismo, simbolismo), desemboca en la asignación de un valor material incalculable a determinado tipo de cosas, y en concreto, en lo que a este trabajo atañe, a los recursos naturales hasta ahora tan alegremente dilapidados. Aparece en la sociedad la actitud del “cómo no nos hemos dado cuenta antes de lo importante que es esta cuestión”, a menudo conectando más o menos directamente los recursos naturales y su respecto con algún tipo de divinidad, al estilo antiguo.

PESIMISMO Y OPTIMISMO: EL CONTINUUM DE LA EMOTIVIDAD EN CIENCIA

El tema que tratamos en esta obra, las interacciones entre el medio ambiente y la sociedad, o más exactamente, lo que de social tiene el medio ambiente, que como defendemos aquí es mucho, en cuanto que existe un alto grado de insolubilidad entre ambos conceptos, reúne unas condiciones que son propicias para complicar la vida profesional del que pretende afinar, o lo que popularmente se denomina “mojarse”, en las pseudo-predicciones o probabilidades de suceso futuro en lo que toca a estas cuestiones. Y en el presente apartado, esta dificultad se agrava aún más, pues pisamos sobre el siempre escabroso e inestable terreno que para el científico es el de la emotividad.

De hecho, la variedad de opiniones y posiciones sociales al respecto del tema medioambiental ya nos podría hacer sospechar su contagio al sector científico - técnico, dado que, como sabemos, también dicho sector es parte del entorno social (BECK, GIDDENS Y LASH, 1997) y la particularidad de su función social hace que sea especialmente sensible, personal o profesionalmente, a dichas cuestiones (CALATRAVA, A; MELERO, A. M., 1998).

Pero además, esta materia tiene la particularidad de que afecta al sustrato vital de la sociedad, a su medio de vida, de sobrevivencia y de perpetuación. Ésta es, en nuestra opinión, la clave de la gran marea intelectual originada alrededor del tema, y la clave también de que el propio sector científico – técnico o, como Giddens llama a sus subdivisiones, los diversos sistemas expertos (GIDDENS, 1990), se hayan visto obligados, consciente o inconscientemente, intencional o subconscientemente, bajo presión situacional o por propia cuenta y riesgo, a participar en la polémica a menudo en grado de implicación, y hasta a veces de ostentación de una determinada postura al respecto.

Desde el origen de la actual situación de las relaciones hombre – naturaleza, hasta las consecuencias de dicha situación, pasando por cada uno de sus estados evolutivos intermedios, han sido objeto de discusión infinita en lo experto, discusión que muy a menudo ha venido aparejada de una vehemencia inusitada, en uno de los subsistemas sociales más fríos. Frío en cuanto que, en ciencia, la toma de posición vehemente y emotiva respecto a un objeto de actitud determinado no ha sido nunca la forma más aplaudida de ejercicio profesional, mientras que la mesura, el hacer gala de objetividad, de empatía y de consideración de las diferentes perspectivas posibles ha venido siendo la clave de la buena gestión de una actividad profesional apropiada. Podría decirse incluso que la emotividad ha irrumpido en dicho entorno de la mano de este objeto de estudio de un modo impúdico y con pocos precedentes.

Continuum emotivo en ciencia.

La variedad y vehemencia de los posicionamientos respecto al estado y el futuro del medio ambiente han dado lugar a un continuum emotivo, enmarcado por dos extremos, pesimista y trágico el uno, optimista y esperanzador el otro.

Resumiendo, podríamos decir, sobre la postura pesimista, que atisbamos su origen en el del movimiento naturalista de los primeros setenta (últimos, en España), de donde surgieron las opiniones más alarmantes acerca del estado de cosas ambiental, al respecto de algunas especies que se encontraban en peligro de desaparición, así como

determinados parajes amenazados por la actividad humana, comercial, industrial o constructora⁷. La consciencia de la globalización del problema también hizo que la opinión se generalizara al entorno planetario, y la amenaza de los reductos más simbólica y naturalmente vírgenes de la Tierra hizo que éstos se tornaran totems de la rabieta, el pataleo y el lamento medioambiental.

El pesimismo emotivo hace que los participantes del subsistema técnico – científico que se identifican con esta postura de peligro inminente, de suceso desastroso, de extremada dificultad de afrontamiento, tiendan a realizar sus trabajos y ofrecer resultados en esas mismas claves apocalípticas de tristeza existencial e irremediabilidad, aunque en la mayoría de sus textos y manifestaciones siempre aparezca la invocación de la necesidad de que los responsables de los escarnios a la naturaleza, los estados, los individuos y, en definitiva, todos los agentes sociales, tomen cartas en el asunto para detener de inmediato este tipo de situaciones y atentados. Es frecuente que los científicos que así se manifiestan, pertenezcan o dependan profesionalmente de instituciones o empresas comprometidas con el medioambiente, y también es frecuente que procedan de campos como la biología, la física o la química ambientales. Y decimos “es frecuente”, que significa, obviamente, que muchos otros técnicos, académicos y profesionales no proceden de estos campos, sino de otros bien distintos, aunque tan implicados como aquéllos, como por ejemplo, la política, la economía o la sociología.

En el otro extremo de este continuum emotivo que parece mostrársenos, tenemos el polo optimista. No significa, y nos gustaría subrayar este asunto, que por “optimismo” se entendiera “inconsciencia” de esta otra posición extrema acerca de la importancia de los problemas socioambientales que hemos sufrido, sufrimos y sufriremos. Esa consciencia existe y aparece muy presente. La diferencia entre ambos polos no se encuentra ahí, sino en la forma de afrontar los problemas y la percepción de los plazos de posibles soluciones. Aquéllos se entienden, desde aquí, como muy graves, pero afrontables, incluyendo en esa consciencia la necesidad de la “digestión lenta” de los dilemas ambientales por parte de los sistemas sociales, haciendo hincapié en la necesidad de tiempo para la toma de conciencia y adaptación de las comunidades a los

⁷ Ver capítulo dedicado a los movimientos ecologistas.

cambios necesarios. La confianza en la evolución favorable de los marcos sacionormativos, en el dinamismo y la velocidad de cambio social contemporáneo y, en definitiva, en la capacidad del hombre de, aprendiendo de sus errores, solucionar y prevenir los venideros, marcan las directrices de esta otra postura de análisis ambiental. En la esfera política se encuentran algunos de los grupos más conectados con este enfoque.

Ambas posturas, la que llamamos pesimista y la optimista, aparecen, ante un análisis externo, como cargadas de matices convenientes e inconvenientes, si mantemos en el punto de mira el objetivo del funcionamiento ambientalmente sostenible de la sociedad global contemporánea. Mientras que la primera de ellas es capaz de subrayar cosas que pueden, para mentes menos críticas, pasar desapercibidas o ser subestimadas como problemas reales, actuales o futuros, y por tanto hacer la función de “alarma de seguridad” al respecto, la segunda podría aportar la parte “constructiva” en la lucha contra el problema común, en cuanto que suele manejar variables que no están presentes, en muchas ocasiones, en los análisis pesimistas, variables de tipo legal o socioeconómico, con el planteamiento de fondo de la negociación, aunque indiscutiblemente pueda manifestarse la viabilidad, bajo algún concepto, del aplazamiento de soluciones drásticas e inmediatas para problemas inmediatos y que afectan diariamente a millones de seres humanos (escasez de agua y alimentos, por ejemplo).

Y de estas posiciones extremas del continuum proceden las correspondientes predicciones respecto al futuro de las relaciones naturaleza – sociedad, coherentes con las ideas que plantean. Es decir, la primera de ellas tiende a ver en el futuro más o menos inmediato una degradación ecológica progresiva y de difícil detención o freno, aunque promueve la lucha sin cuartel, y a menudo virulenta, contra la destrucción ambiental. La esperanza de salvación estaría en la toma de conciencia inmediata de la situación por parte de todos los actores sociales, y especialmente los grandes e internacionales actores corporativos y gubernamentales o, en otros casos, y a veces simultáneamente, en el planteamiento de algún tipo de sistema social alternativo, generalmente definido de un modo confuso, donde el valor vital, social o cualitativo se imponga al cuantitativo o económico de las cosas. La segunda de las posiciones ve un futuro, a medio – largo plazo, donde la racionalidad prima sobre la barbarie

socioeconómica y socioambiental a través de estrategias bien diseñadas para la sostenibilidad del desarrollo, donde la tendencia normal del cambio social hace que la sociedad global asuma los planteamientos del NEP y actúe en consecuencia.

La ingeniería genética o el paradigma de lo *contra-natura*.

El continuum emotivo en ciencia, cuyos polos hemos apuntado, es el reflejo de una inquietud global de la sociedad, que ejemplifica una vez más los procesos de retroalimentación que se dan entre el sistema social general y sus subsistemas, de manera que simultáneamente a la presencia de lo futurible en la polémica popular socioambiental, aparece esa misma cuestión en otros subsistemas afines a la materia.

En el subsistema técnico o, como diría Giddens, en “los sistemas expertos” a los que atañe directamente⁸ dicho debate, se originarían, según la teoría del riesgo formulada y discutida, entre otros, por Beck, Luhmann y Giddens, algunas de las dinámicas objeto de debate, dinámicas desarrolladas sobre todo en entornos productivos propios de la “modernidad superior”, es decir, nuestros días. Este apartado pretende ejemplificar estas cuestiones en la manipulación genética de seres vivos, tema que se encuentra en el candelerero y que parece que llega a él para quedarse.

Puede comprobarse, en este caso sin demasiada dificultad, que en la última década tanto la posibilidad técnica y tecnológica como la aceptación ética de dicha manipulación ha avanzado rápidamente en las zonas del planeta donde existen aquellas posibilidades. La era que abrió la llamada “revolución verde” alarga sus brazos en crecimiento hasta nuestros días y ya no son sólo determinadas variedades de arroz, mijo, maíz, etc. las que son adaptadas para satisfacer las demandas sociales, sino que, al día de hoy, es hábito común la selección de especies y su tratamiento genético, tanto en lo agrícola como en lo ganadero, con el objetivo agroindustrial correspondiente. Lo que en un principio fue tarea divina, el hombre ha llegado a gestionarlo, ejerciendo de una suerte de “delegado” en esta materia.

⁸ En lo profesional, se entiende; no en lo cotidiano, pues dicho debate atañe a todo el funcionamiento vital del planeta.

La industria genética ha llegado, para quedarse también, al ámbito de la medicina, donde alteraciones congénitas del genoma, hoy más frecuentes que en tiempos anteriores, son ya médicamente tratables. Es hasta aquí donde, a fecha de hoy, llega el asunto de hecho, ya que sólo en algunos países la legalidad permite dicha manipulación, delegando en los familiares o, en su defecto, en el individuo manipulado la responsabilidad del riesgo asumido. En el debate, se llega hoy a la clonación de individuos, donde la afamada oveja Dolly, en su salud y fortaleza de primer animal clonado con éxito de titulares, envejece prematuramente ante el desconcierto científico, y añadiendo cargas de leña al fuego de la discusión sobre la posibilidad y la ética de la clonación humana.

El riesgo que caracteriza a la sociedad global aparece aquí, como en otros ejemplos, en toda su crudeza, hasta el punto que Sanz y Sánchez (1998) han negado la posibilidad de ese riesgo para afirmar que su conversión en certeza es claramente observable, dada la alteración fáctica de los modos naturales de funcionamiento y la inserción de nuevas especies, inexistentes en el directorio natural, en unas cadenas tróficas que, en un principio, les son ajenas. Las implicaciones sociales de estas nuevas dinámicas alcanzan a una de las variables que tradicionalmente más han distinguido a la especie humana: la ética⁹.

Según las posiciones del extremo del continuum emotivo anteriormente descritas, los discursos al respecto de la cuestión genética aparecen muy virulentos y encontrados. Por el extremo pesimista, la negativa rotunda a transigir a estas abominaciones no se hace esperar, junto con el presagio apocalíptico más terrorífico si la ciencia cede la moralidad al servicio de los entes decisionales de amplio impacto. Por el extremo optimista, la moderación, la cautela, el contrapeso de posibilidades y posibles implicaciones, la necesidad de control de tales técnicas, la racionalización de su uso, la necesidad de revisión de los nuevos avances y de su toma en consideración, la propensión a aceptar las nuevas éticas científicas acordes con los tiempos... configuran el cuadro de respuestas.

⁹ Esta cuestión se trata con detenimiento en otra parte de esta misma obra.

LA VIRTUALIDAD DEL NUEVO ESPACIO

En la línea descriptiva de sucesos sociológicos que venimos siguiendo en el cambio de siglo o, como diría Giddens (1990) de modernidad “superior”, y de aventura homérica en cada previsión que osamos lanzar, nos gustaría situar en el final de este capítulo un ejemplo paradigmático en lo referente al desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación y, en concreto, a la aparición de la red informática de redes, o más breve y popularmente, Internet.

En el contexto de la escisión de los antiguos vínculos entre tiempo y espacio, aparece una forma de comunicarse en la que ambas dimensiones históricas no sólo se escinden, sino que desaparecen. En un medio en que los valores imperantes superan lo meramente material, para alcanzar lo postmaterial, el uso de este medio nos hace reparar en que el espacio que aparece ante nuestros sentidos no sólo supera lo material, sino que la materia en sí pierde protagonismo y razón de ser.

Las posibilidades de los avances técnicos en telecomunicaciones siguen sorprendiéndonos a diario, a pesar de que convivimos con dicha sorpresa desde hace más de un siglo. Es cierto, no obstante, que de varias décadas a esta parte es tal la frecuencia de descubrimiento de nuevas posibilidades de comunicación, que la sorpresa ha mudado a expectativa, en la seguridad de que mañana las posibilidades de hoy habrán quedado anticuadas.

Centrándonos en el campo comunmente conocido como *informática*, o sea, el mundo relativo a la construcción de computadoras, su soporte en programas de datos y las posibilidades que la interacción de hardware y software ofrecen en todos los aspectos de actividad social, la capacidad de sorpresa de la que hablamos es capaz de mantenerse a un buen nivel; tal es el volumen de innovación que nos ofrece.

Esta magnitud de innovación tiene mucho que ver con los avances que en las últimas décadas se han realizado en el establecimiento de contacto abierto y prolongado en el tiempo entre computadoras y, en lo que a la sociología, y al campo de la sociología ambiental en concreto, le atañe, el acceso masivo de grandes contingentes de población a tales recursos.

Los orígenes de Internet son militares. En concreto los encontramos en el encargo que el Pentágono realiza a las universidades de Los Angeles y Stanford a finales de los 60, primeros 70, con el objeto de proteger la información de sus ordenadores; tuvieron que pasar diez años para que las redes de comunicaciones telefónicas pudieran ser utilizadas como soporte, a través del desarrollo de protocolos de comunicación adecuados para ello (TCP/IP). A partir de aquí, y hasta la llegada de las llamadas “autopistas de la información” con la irrupción de la tecnología digital y la fibra óptica a las comunicaciones, se despliega por el planeta una red de computadoras interconectadas que es parte importante de la revolución informacional y sus consecuencias, que han llevado a algunos sociólogos a definir tal cuestión como clave en la explicación de la dinámica social contemporánea (Naisbitt, Masuda, Toffler)¹⁰. Este tema supera, por supuesto, las pretensiones, posibilidades y deberes de una obra como la presente. Y, una vez introducido, aquí nos limitaremos a comentar algunas cuestiones que impactan de plano en la línea de flotación de algunos conceptos de sociología ambiental en el marco de la sociedad contemporánea.

Habiendo tomado reflexiones de Giddens para explicar algunas consecuencias de la modernidad, tendemos a invocar su planteamiento de la emancipación mutua de las dimensiones espacio y tiempo clásicamente entendidas, para iniciar la explicación de lo que un fenómeno como internet apunta.

En lo relativo al espacio, entendido en términos de Giddens, además de independizarse como concepto, lo que sucede es que adquiere una dimensión inexistente hasta ahora, absolutamente nueva. El concepto de espacio, con la aparición de internet y sus posibilidades, se amplía hasta abarcar un lugar nuevo; tanto que lo llamamos inapropiadamente “virtual” porque ni siquiera el lenguaje tiene vocablo para definirlo. La cuestión es que, literalmente, *el hombre crea un espacio que hasta ahora no existía*¹¹. En nuestra opinión, esta cuestión es de tal importancia que los cambios que plantea su aparición pueden llegar, si apuramos, hasta en el plano “esotérico” de las

¹⁰ NAISBITT, J.: *Macrotendencias*. Mitre. Barcelona, 1983.

MASUDA, Y.: *La sociedad informatizada como sociedad postindustrial*. Tecnos. Madrid, 1984.

TOFFLER, A.: *La tercera ola*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

¹¹ Nótese que el concepto de espacio, según lo que planteamos, adquiere tres significados distintos en sólo dos siglos, y los dos últimos en menos de medio siglo.

creencias sociales, en cuanto que se pone en duda, con ese espacio virtual, la posibilidad de que sólo las entidades llamadas “divinas”, veneradas por la humanidad desde la noche de los tiempos, sean las responsables de “la creación”, entendiendo por tal el conjunto de materia viva e inerte del universo.

Desde ese extremo, al del funcionamiento cotidiano, del día a día, el abanico de ámbitos que se ve afectado por esta irrupción es muy amplio. En el nuevo espacio se dan relaciones económicas, de ocio, sexuales, de amistad... Aparecen grupos sociales primarios¹² y secundarios¹³, nuevos recursos para las nuevas tareas, muy características del movimiento en la red¹⁴... Una nueva dinámica social, en definitiva, aparece ante nuestros sentidos.

Una nueva dinámica que utiliza para expresarse, por defecto (en la misma terminología informática), los símiles de la nomenclatura tradicional, ya que el lenguaje no ha tenido tiempo de asignar nuevos términos a los nuevos sucesos. Así nos encontramos con expresiones como correo *electrónico*, *página* de internet, *sitio* web, etc. En la relación en el nuevo espacio, nos *movemos* por internet o, más concretamente, *navegamos*, cuando en realidad no nos movemos ni navegamos más que en términos metafóricos.

La razón de ser de estas metáforas se encuentra, en nuestra opinión, en la dimensión de realidad que existe en ese nuevo espacio. Si pensamos un momento en lo que hacemos en él, lo que realmente sucede es que se inicia una nueva sociedad, llamémosla, por seguir el hilo, virtual¹⁵, que se parece mucho a la real; con los mismos foros de relación que la real, con las mismas actividades (o al menos “tipos” de actividades)... pero al mismo tiempo tan novedosa en algunos aspectos que la ruptura no puede menos que manifestarse claramente. Por ejemplo, en la sociedad virtual podemos abrir distintas posibilidades de relación en función de distintas identidades que nos construyamos a medida. La persona homosexual, por poner un caso, podrá desarrollar

¹² Somos conscientes de lo inapropiado que puede parecer el uso de este concepto de “grupo primario”. No obstante, permítasenos la metáfora, dado que la función principal del grupo primario es el soporte emotivo de los componentes, y esto se da en los grupos de este talante que aparecen y se forman a través del establecimiento de relaciones en la red.

¹³ Idéntica solicitud conceptual que en la nota anterior.

¹⁴ Por ejemplo, gifs, gráficos, sonidos, etc. Para la confección de los websites o sitios propios en internet.

¹⁵ Virtual, adjetivo comodín siempre que se habla de internet.

toda su identidad, de una forma plena, adquiriendo un nickname¹⁶ femenino, una cuenta de correo con username¹⁷ femenino y dejando libre su modo de relacionarse, comportarse y mostrarse como realmente es. Cuando trabaje, puede seguir llamándose, realmente, José/fa Pérez, directivo/a de la empresa X, con website¹⁸ en <http://...> y correo electrónico en X@.... Además, el aspecto físico, tan importante en las relaciones “reales” o “convencionales”, desaparece de escena sin dejar rastro en este nuevo espacio social, e incluso las presiones sociales, en la red, cambian de sentido, llegando en algunos casos hasta desaparecer, manifestándose en situaciones diferentes de las reales. Con nuestra llegada a un determinado newsgroup¹⁹, o a un foro de chat²⁰ nos socializaremos, tal como lo haríamos al llegar a un grupo de trabajo nuevo en el espacio convencional, en sus hábitos de relación, lectura y emisión de noticias, y el administrador del newsgroup, o incluso los compañeros, nos recompensarán o sancionarán dependiendo de si nuestro comportamiento es el adecuado para esa relación y situación social o no lo es, respectivamente.

Parece que, con la aparición de esta nueva variable en las coordenadas clásicas, el espacio, como lo entendemos desde el último cambio (el que subraya Giddens), pierde protagonismo en un escenario social que ya no es el único existente, sino que simultanea su estado con otro, diferente y parecido a un tiempo, pero que en cualquier caso en el futuro estará aun más colonizado y se descubrirá, como todos los nuevos espacios²¹, en toda su potencialidad, actualmente apenas vislumbrada²². Además, en este nuevo espacio el sentido “dimensional” del término desaparece; largo, ancho y alto son palabras sin sentido, pues la distancia entre alguien situado en Sevilla y otra persona en México D.F. no es ya de doce mil kilómetros, aproximadamente, sino de “cero”, en toda su implicación ambigua, pues en cierto sentido está tan lejos, o tan cerca, como nosotros de nosotros mismos. ¿Lejos? ¿Cerca? Quizá tampoco sea apropiado su uso.

¹⁶ O sobrenombre.

¹⁷ Nombre de usuario.

¹⁸ Sitio web, que comprende, generalmente, un conjunto de páginas virtuales relacionadas entre sí a través de hiperenlaces.

¹⁹ Literalmente “grupo de noticias”. Intercambio de información que, sobre un tema concreto, llevan a cabo un grupo de personas de forma periódica.

²⁰ O charla: página web en la que se desarrolla una charla en tiempo real sobre diferentes temas, generalmente previstos o conocidos antes de acceder a dicha página.

²¹ Recordar las diferentes conquistas imperiales (Roma, Cartago...); también la época colonial (colonización de África) y, antes, el descubrimiento de América.

La otra dimensión convencional en juego, la temporal, también se ve alterada por tal evento, y aparece como devaluada y revalorizada a la vez.

La red de redes contribuye a que el tiempo clásico pierda importancia, porque no son necesarias nueve o diez horas de vuelo, más las correspondientes esperas en los aeropuertos y taxis de enlace, para establecer un intercambio fructífero de información, o para convocar y realizar reuniones con cualquier fin entre Sevilla y México D.F. En tiempo real²³, el contacto puede ser un hecho, y sus consecuencias tan reales como las de un encuentro en las dimensiones tradicionales. En cierto sentido, en estas situaciones la magnitud temporal tradicional no sólo pierde importancia, pues se superan las barreras que en muchas relaciones sociales ha venido imponiendo, sino que llega a desaparecer, al reducirse a la nada, o lo que es lo mismo, al coincidir el *deseo de contacto* e intercambio por parte de alguna persona o grupo con otra persona o grupo con el *contacto en sí*.

Al mismo tiempo, y precisamente por la reducción de los intervalos temporales entre el deseo de contacto y el contacto como tal, los incrementos en dichos intervalos que, por circunstancias propias del medio que tratamos, se puedan producir, hacen que el tiempo se considere factor clave a la hora de entablar la relación, pero precisamente porque se entiende que el intervalo de contacto tiene que, por definición, tender a cero. Nos exaspera, por ejemplo, el “tiempo excesivo” que determinada página tarda en cargarse en nuestro pc, cuando, objetivamente, podemos estar hablando de uno o dos minutos quizá, tiempo, por otro lado, tremendamente rentable en términos informacionales, ya que posiblemente accedamos a unos datos que, sin el recurso al ámbito de lo virtual, nos hubiera llevado horas e incluso días conseguir, teniendo en cuenta además que dicha información puede proceder de Australia, Filipinas, Islandia o Perú. Del mismo modo, difícilmente podemos soportar los desfases de imagen que aparecen en nuestras video-conferencias, cuando dichas pausas pueden ser, cronómetro en mano, de décimas de segundo; no consideramos que nuestro/s interlocutor/es pueden

²² Como ejemplo paradigmático, un joven amigo me decía hace algún tiempo: “Los sábados por la noche salgo cada vez menos. Me siento ante el pc y charlo con mis otros amigos. Incluso me tomo las copas con ellos. Si me emborracho la cama me cae cerca”.

encontrarse en Barcelona, Munich, Los Ángeles o Kuwait. Observamos, así, que el tiempo, en este sentido considerado, más que variable clave, necesaria y definidora como tal de la relación, pasa a ser una cuestión “molesta”, considerada como obstáculo, que provoca el ideal distanciamiento cero entre deseo de contacto o relación y relación en sí.

En el nuevo espacio, de creación humana, las relaciones sociales sociales son reformuladas por los actores, apareciendo a menudo una especie de “nueva sociedad” que nos proporciona a los sociólogos, y especialmente a los sociólogos ambientales, la posibilidad de observar cómo aparecen relaciones de nuevo cuño en un medio inexistente hasta ahora. Podremos descubrir si es posible una vida social en dimensiones diferentes a las conocidas hasta hoy, si esa vida social es similar, en su funcionamiento, a la convencional o ya conocida, o si, por el contrario, aparecen nuevas pautas de relación sin precedentes o incluso nuevos conceptos sociales a los que nos veremos obligados a definir como “virtuales” hasta que la familiaridad lingüística nos proporcione nuevos vocablos, más acordes con su realidad, aunque en sentido estricto sea totalmente inapropiado tratar de virtual una página de internet, un sitio web, un mensaje de correo electrónico, etc., pues tales cuestiones son tan reales como los objetos con los que estamos acostumbrados a tratar en el espacio tradicional, tanto en su existencia como en sus consecuencias.

Comenzando el tercer milenio, en principio no es arriesgarse en exceso si pronosticamos desde aquí una aceleración vertiginosa, en el siglo que viene, de la actividad social en el nuevo ámbito, hoy prácticamente vacío si consideramos sus posibilidades (que por otra parte no conocemos del todo). Históricamente, el descubrimiento de nuevos espacios siempre ha venido seguido por el deseo de su explotación y colonización, y considerando que el nuevo espacio es tan real como los anteriormente explorados y colonizados por las distintas sociedades en los diferentes momentos históricos, el desarrollo de la misma dinámica es esperable.

²³ Referencia que los informáticos realizan al tiempo convencional para denotar, curiosa y contradictoriamente, que el período de tiempo entre la emisión de la información y su recepción se reduce a cero.

Para finalizar sólo nos resta comentar el debate de la humanidad o deshumanización de las relaciones sociales establecidas en el marco virtual, surgido en la misma génesis de dicho marco, tal y como podía esperarse, dada su novedad y la inexistencia de referencias previas al respecto. Sobre esta cuestión nuestra postura es clara.

La connotación de frialdad e inhumanidad que el nuevo entorno despierta en algunos grupos y personas procede de su relación con el mundo informático, en el que las máquinas más frías en las que se pueda pensar, los ordenadores, de entrada dificultan el entendimiento del medio en otros términos que no sean los púramente formales, u orientados a las relaciones de tipo secundario. Sin embargo, podemos observar con frecuencia acelerada cómo la dinámica informal y los entornos personales invaden este feudo, reflejados en fenómenos como las “páginas personales”, direcciones de correo “personales”, felicitaciones con o sin motivo manifiesto, charlas de ocio con nuevos y desconocidos²⁴ amigos, y un sin fin de ejemplos que, con la progresiva popularización del entorno, podemos encontrar en la red.

Las resistencias al cambio obvias de toda modificación de status quo terminarán cediendo, para que llegue el momento en que tan humano se considere escribir una carta de amor sobre papel como enviar un email con la misma declaración, pues, también en sentido estricto, tan producción humana es la primera como el segundo, y tan humanas son las ideas y expresiones utilizadas en aquella como las reflejadas en éste. Curiosamente, encontramos en la red comportamientos tan humanos, en principio, como la solidaridad y la cesión de recursos de forma desinteresada, y a menudo, en el entorno real / convencional, estas mismas personas o grupos que en lo virtual son extremadamente solidarios muestran reticencias al contacto personal y a esos mismos comportamientos en su versión clásica.

BIBLIOGRAFÍA

BAUDRILLARD, J.: *El sistema de los objetos*. Siglo XXI. México, 1981.

²⁴ Desconocidos en lo real, pues en lo virtual las relaciones con dichas personas pueden ser tan humanas y reales como las establecidas en el ámbito tradicional.

BECK, U.; GIDDENS, A.; LASH, S.: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza. Madrid, 1997.

BERIAIN, J.: *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos. Barcelona, 1996.

BOURDIEU, P.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus. Madrid, 1988.

CALATRAVA, A. y MELERO, A. M.: "La educación ambiental en España: análisis y perspectivas", en *Revista Internacional de Sociología*; nº 19 y 20, Enero – Agosto, 1998.

CIS: <http://www.cis.es/boletin/19/index.html> . Consultada a 13-4-1999.

CIS: <http://www.cis.es/boletin/6/est3.html> . Consultada a 13-4-1999.

DIEZ NICOLÁS, J.: *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Fundesco. Madrid, 1994.

ENTRENA DURÁN, F.: "La construcción social del consumo alimentario en España. De la satisfacción de una necesidad biológica a la constitución de la identidad social". En *Estudios Sociológicos*, vol. XV, nº.44, mayo-agosto, pp.577-594. El Colegio de México. México DF, 1997.

GIDDENS, A.: *Consecuencias de la modernidad*. Alianza. Madrid, 1990.

INGLEHART, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. CIS – Siglo XXI. Madrid, 1991.

SANZ, C.; SÁNCHEZ, J.: *Medio ambiente y sociedad: de la metáfora organicista a la preservación ecológica*. Comares. Granada, 1998.